

—Creo que como simple espectador les he tenido mucha paciencia; pero ya estuvo bueno. Ahora sí que me encabroné. Mi suegra no es ningún calzón de puta como para andar de arriba para abajo. Esta fue la última vez que se discutió la situación de doña Rosita. De aquí en adelante, éste será su único hogar, y permanecerá aquí los días, meses y años que le queden de vida... Y ni una palabra más.

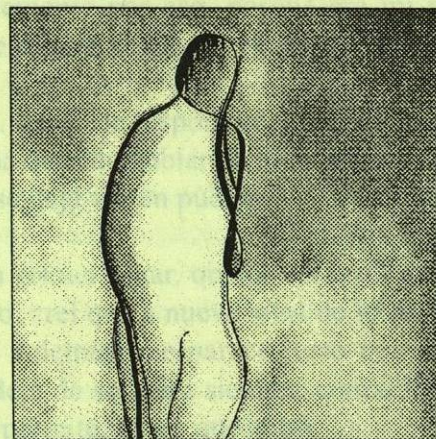
Unos silenciosos segundos fueron interrumpidos por aplausos. Todos voltearon sorprendidos a la entrada de la cocina. Los dos hijos mayores de Amalia y Fernando batían sus palmas con los rostros muy serios. Mientras sus parientes jugaban a “la papa caliente” con la abuelita, ellos habían tenido tiempo de repasar las canciones de cuna, las tardes en el parque, las cucharadas en las madrugadas de fiebre, las gorditas de azúcar y los cuentos teatralizados que entretenían por horas a los nietos llorones, mientras que papi y mami se divertían en el cine. Estos recuerdos los convertían, de pronto, en guardianes de la persona que había vuelto locos a una bola de individuos que parecían beber agua de la eterna juventud.

EL SEPELIO FUE de lo más familiar. Salvo los sollozos aislados de algunos nietos, predominaba un silencio de gargantas cerradas, un lenguaje de miradas cobardes.

Dos años había vivido doña Rosita rodeada de cuidados. La paciencia se había practicado de día y de noche, de enero a diciembre.

Una corona de crisantemos blancos resaltaba entre todas las demás. Su leyenda, muy sencilla: GRACIAS, FERNANDO. Firmaba. Rosita.

NÉSTOR PAREDES



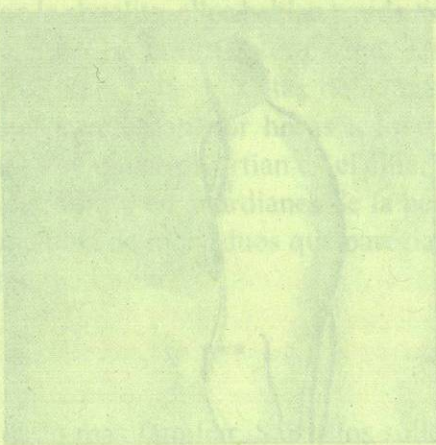
—Cree que como simple espectador les he tenido mucha paciencia; pero ya estuvo bueno. Ahora si que me encabrone. Mi suegra no es ningún calzón de puta como paró andar de arriba para abajo. Esta fue la última vez que se discutió la situación de dona Rosita. De aquí en adelante, cada uno se va a su hogar, y permanecerá aquí los diez meses y años que le queden de vida. Y ni una palabra más.

Unos silenciosos segundos fueron interrumpidos por aplausos. Todos voltearon sorprendidos a la entrada de la cocina. Los dos hijos mayores de Amalia y Fernando batían sus palmas con los rostros muy serios. Mientras sus papientes jugaban a "la papa caliente" en el salón, ellos se habían ido al tiempo de repasar las canciones de los viejos. Los chicos se habían echado en las madrugadas a cantar y bailar, y los cuentos teatralizados de los viejos se habían convertido en honores, mientras que los recuerdos de los viejos se habían convertido en los convertían. Los chicos se habían convertido en la persona que había vuelto loco a la mamá, y los chicos se habían convertido en beber agua de la eterna juventud.

El apellido fue... algunos nietos; predominaba un silencio de gargantas cerradas, un lenguaje de miradas ebargas.

—Dos años había vivido dona Rosita rodeada de cuidados. La paciencia se había practicado de día y de noche, de enero a diciembre.

Una corona de crisantemos blancos resaltaba entre los demás. Su leyenda, muy sencilla: GRACIAS, FERNANDO. Firmaba Rosita.



—Cree que como simple espectador les he tenido mucha paciencia; pero ya estuvo bueno. Ahora si que me encabrone. Mi suegra no es ningún calzón de puta como paró andar de arriba para abajo. Esta fue la última vez que se discutió la situación de dona Rosita. De aquí en adelante, cada uno se va a su hogar, y permanecerá aquí los diez meses y años que le queden de vida. Y ni una palabra más.

—¿QUÉ POR QUÉ ME ATREVO a venir al sepelio de mi padre? Simplemente por eso, porque era mi padre. ¿No le parece suficiente razón?—contestó Néstor con fastidio.

—Sí, claro, claro—le respondió el periodista—. Lo que pasa es que usted no ha querido hablar de todo aquel asunto con nadie y, ahora, por fin se deja ver en público.

—Mire, en primer lugar, quiero ver a mi padre por última vez y, en segundo, creí que a nueve años de lo sucedido, ya todo estaba olvidado. Además, me parece justo que con su muerte, Néstor Paredes deje de ser para siempre comida de la opinión pública. Y si me permite, tengo que entrar.

—Espérese, piense lo que le dije antes. A *Proceso* le interesa su historia y... créame, le conviene. Mire Néstor, hasta para usted sería como una liberación. ¿Cómo ve? ¿Lo va a pensar?—le insistió el hombre caminando tras él.

QUÉ RAZÓN TENIAN esas Damas Vicentinas que nos visitaban en la cárcel, cuando tratando de confortarnos repetían unos versos de

una santa de quién sabe dónde, que decían: “Nada te turbe, nada te espante, en esta vida todo se pasa...” Pero pensándolo bien, por un lado se pasa y por otro, no tan fácil se olvida.

Recuerdo muy bien cuando en quinto grado de primaria me enteré de quién era mi papá en realidad: –Oye Néstor, en el periódico hablan de un señor que se llama igualito que tú. La fotografía donde él aparecía junto con su esposa y sus otros hijos, recibiendo no sé qué nombramiento, explicaba muchas de las dudas que me atormentaban desde muy pequeño.

Mi madre nunca me dio respuestas; aceptó con sus silencios todas las mías. Mi primo Mario siempre supo todo. En ese tiempo mi papá empezaba a ser conocido en la política y se fue abriendo camino gracias a la facilidad de palabra que tenía, además de otras tantas “cualidades” indispensables en esos ambientes.

La historia empezó como muchas, aunque al final se complicó, o mejor dicho: la compliqué. Mi mamá era una madre soltera de dieciocho años. Lo conoció cuando él era apenas un regidor que colaboraba para la diputación de un licenciado. Ella estaba entre la bola de curiosos, esperando el delantal y la gorra de la propaganda, cuando su cara bonita y su bien formado cuerpo llamaron la atención del político. Para pronto se acercó a saludarla y le entregó una tarjetita blanca: –Me dará mucho gusto poder servirle algún día –le dijo fijando la vista no precisamente en la bonita cara.

Muy pronto se llegó el día en que mi futura madre necesitó la ayuda del mentado señor Paredes. Le urgía trabajar y ninguna puerta parecía abrirse. Se decidió y se fue con la tarjetita a buscarlo a su oficina. Primero la trajo vuelta y vuelta, después le ofreció una chambita temporal; pero trabajo, lo que se dice trabajo, nunca le dio. Dicen que primero se hizo la difícil y el hombre tuvo que

rogarle, pero más pronto de lo que hubiera querido, cayó rendida ante las promesas de protección y dizque amor de un experto labioso que se las sabía de todas, todas.

–Dale gracias a Dios que un hombre ilustrado se fije en ti – le dijo la abuela–. En tu situación, con esa niña sin padre, ¿qué puedes esperar?

La casa de Infonavit luego luego se la consiguió; pero a los pocos meses, cuando el embarazo se presentó, las promesas de matrimonio se evaporaron más pronto que la lluvia en el desierto. Por si o por no, la abuela se llevó a mi hermanita a vivir a su casa: –El diablo no duerme Chayo, yo sé lo que te digo. Cuando quieras ver a mi nieta ahí va a estar. ¡Ah! pero eso sí, no te olvides mandarme lo de la manutención.

¡Pobrecita de mi madre! Pero lo que la perdió en la vida fue su maldita inseguridad. Siempre dejó que los demás decidieran por ella. No sé si el rencor hacia mi padre fue arraigándose más de verla a ella tan amargada, tan triste, tan poquita cosa. Una sola promesa pudo obligarlo a cumplir. Dicen que desde antes de mi nacimiento, dejó de visitarla. Cuando por fin, después de algunos meses fue a conocerme, lo de ella fue un llorar, que no hubo poder humano que pudiera calmarla. En un momento de debilidad y temiendo que la pobre cometiera una locura, mi padre le cumplió su gusto: registrarme con su mismo nombre.

Lo vi muy pocas veces de niño y la verdad jamás se me acercó lo suficiente como para sentir que fuera mi padre. De vez en cuando llegaba en taxi, se encerraba con mi madre y luego le dejaba algún dinero. Cuando se largaba me entraba una rabia que me daban ganas de golpearla; pero no me quedaba más remedio que lamentar mi suerte. No era fácil ser hijo de “la otra”, o de una de tantas “otras”, eso sí quién sabe. Me preguntaba por qué mi

madre se había conformado siempre con ser plato de segunda mesa, y por qué yo tenía que cargar con las consecuencias. A mi padre nunca le merecí un poco de su atención, una migaja de su cariño. Que la razón de su rechazo, según la psicóloga del penal, fue mi extraordinario parecido con él; la sorpresa de que el hijo ilegítimo era precisamente el que había heredado físicamente todo. Según me dijo esa mujer, con tantito que mi padre se me hubiera acercado, habría sentido el impulso de quererme, lo que hubiera puesto en riesgo la imagen que hasta ese momento le garantizaba una prometedora carrera política. Pero si ahora, eso no me parece justo, mucho menos cuando era muchacho.

Un día le juré a Mario que me iba a vengar y mi primo no me creyó.

No tuvo que pasar mucho tiempo para llevar a cabo lo que me había propuesto desde niño. Tantos años de permanecer callado, mirando desde lejos cómo el hombre que me había dado la vida subía igual que la espuma mientras nosotros acá, olvidados, humillados. Hasta me cambié el nombre; sí, me puse Ernesto Paredes y así logré despistar cualquier relación con el conocido político. Mi padre peleaba ya en ese entonces un puesto en el Senado. Su rostro, favorecido por los trucos de los fotógrafos, estaba pegado en las grandes avenidas. ¡Pobrecito! ¡Se veía tan sonriente por todos lados! Yo acababa de terminar la preparatoria y, como no aprobé el examen de admisión a la facultad, tuve tiempo para planear muy bien el asunto.

Mario se convirtió en mi cómplice porque no le quedó de otra.

Primero dedicamos varios días a seguirlo en el taxi de un amigo. No fue fácil porque muchas veces tomaban el rumbo hacia el aeropuerto y era de suponer que estaría ausente varios días. Por

fin, una tarde, después de mucho esperar, lo seguimos hasta su domicilio particular. Muy arriba del cerro, por el rumbo del Chipinque, la casa ocupaba varios terrenos y estaba vigilada por un uniformado. Teníamos que pensar muy bien cómo acercarnos a esa zona sin ser considerados sospechosos.

Pocos días después, muy peinados y con nuestra mejor cara, nos presentamos al encargado de los jardines de ese sector. Como la casa quedaba bastante lejos de la última parada del camión y luego había que subir a pie por calles muy pronunciadas, los trabajadores no les duraban, así que teníamos posibilidades. Le rogamos al ingeniero que nos diera trabajo los dos meses del verano, y después de un interrogatorio y de revisar nuestra papelería de estudiantes, aceptó. En pocos días demostramos ser tan responsables y cumplidos, que muy pronto nos ganamos la confianza del jefe. Todos los días, cerca de la hora de salida, me iba acercando a la casa de mi padre con el pretexto de limpiar los arriates de las flores, para que el vigilante se acostumbrara a verme. Una de esas tardes de julio, con un calor de los mil diablos, el hombre se me acercó y me ofreció una soda enlatada. Empezamos a hablar del calor y terminamos hablando de lo que me interesaba realmente. Por lo pronto el licenciado Paredes cuidaba, como lo máspreciado, dos cosas: el Mercedes Benz deportivo y su "princesa", la hija menor que, en ese entonces, estaba a punto de cumplir los quince años.

Cualquier día esa familia se llevaría una sorpresa, lo único que había que hacer era tener paciencia y yo tenía la suficiente, de eso no cabía duda.

El 9 de agosto de 1991 —la fecha no la olvidaré— todo se puso de modo. Mario y yo terminábamos de arreglar las mangueras de riego cuando nos dimos cuenta de que las dos sirvientas salían muy apuradas con el chofer, rumbo a los centros comerciales.

—La niña está dormida, don Ramiro, no se preocupe.

Esa última frase que alcanzamos a oír, me hizo decidirme.

—¡Ahora o nunca! —le dije a Mario.

El inocente vigilante no tardó en acercarse a nosotros para echarse la platicada y estaba comentando sobre la dichosa fiesta que el candidato daría por la noche, cuando fingí un fuerte cólico. Con el pretexto de que tenía necesidad de ir al baño, le pedí a don Ramiro que me dejara entrar. Él lo pensó un momento, pero al verme tan mal, enseguida aceptó. Nos abrió la puerta de servicio que daba directamente a las cocheras y a la lavandería.

No había tiempo de amabilidades, Mario hizo lo que yo le había indicado:

—Lo sentimos, Ramirito, no tenemos nada contra usted, pero tendrá que estarse muy quietecito —le dijo amarrándolo muy bien y tapándole la boca.

Yo me introduje rápidamente al interior por la cocina y me sorprendí de ver el lujo de los salones principales. Pero no me detuve, subí directo por las escaleras y abrí de golpe todas las puertas. En una de ellas estaba la "princesita", ajena a todo y distraída con unos minúsculos audífonos. En ese momento me sentí protagonista de alguno de tantos programas de la televisión americana: sin importarme los gritos y los pataleos la levanté con brusquedad y me la llevé a la fuerza hasta la cocina. Allí agarré uno de los cuchillos de acero que colgaban cerca de la estufa.

—Saca las llaves del Mercedes y me vas a llevar a donde yo te diga, ¿entendiste? —la amenacé.

Me gritó que no sabía conducir, que no sabía el código de la alarma y otras tantas mentiras, pero yo ya la había visto salir en ese carro supervisada por sus hermanos.

—¿Crees que me puedes engañar, tontita? —y le acerqué el cuchillo al borde de las costillas.

Temblando marcó los números de la puerta y, al abrirse, la empujé hacia adentro. Sacó el carro con mucha torpeza de la cochera y seguimos las curvas de la calle para tomar el descenso rumbo a las avenidas. Me deshice del cuchillo en un terreno baldío porque nunca pensé usarlo y en cuanto llegamos a la recta de la avenida ancha, la obligué a acelerar más y más. Ella sin dejar de chillar pisó hasta el fondo el acelerador y yo la seguía presionando: cuando el carrito de sueño alcanzó una velocidad endemoniada, supe que había llegado el momento. Cerca ya de la glorieta donde está la estatua de un hombre desnudo, hice a un lado a la muchachita que, después de todo, era mi hermana y, sin importarme nada ni nadie, torcí bruscamente el volante.

LA OPERACIÓN VENGANZA resultó un éxito: todos perdimos. Dos inmensas bolsas de aire impidieron una tragedia mayor. Mi media hermana y yo perdimos algunos dientes y tuvimos fracturas. Mi padre perdió todo: su Mercedes, su matrimonio y lo que más le pudo, el puesto en el Senado. *El Norte* se encargó de que el accidente se convirtiera en una historia más truculenta que las telenovelas. Durante semanas el escándalo sobre el hijo ilegítimo y homónimo al candidato fue alimento de periodistas, políticos y lectores. No quedó nada más que la vergüenza.

Después de haberlo visto tras el cristal del ataúd, sentí

mucha lástima por él. La impresión de lo sucedido le desencadenó una enfermedad de cuidado que en pocos años lo llevó a la muerte. Aunque en el fondo todos me consideran culpable, ninguno se atreve a decirme nada. Después de todo nadie duda que soy su hijo. Mi parecido físico con él es tan asombroso que cuando mi padre vio mi retrato en el periódico aquel verano, dicen que casi le da un infarto.

Mi madre ya ni llora, según ella se le secaron los ojos para siempre. No hay día que deje de repetir "Si hubiera pasado esto..." o "Si hubiera pasado lo otro..." Yo nada más le contesto por costumbre:

-¡Ya cálese mamá!, acuérdesese que el hubiera no existe...

EN LO PRÓSPERO Y EN LO ADVERSO

